

## Naturaleza, transnaturaleza y trascendencia en Darío Botero Uribe

Juan Cepeda H.\*

El vitalismo cósmico es la gran apuesta de Botero Uribe, y su aporte desde la filosofía latinoamericana, según él mismo lo expresa en diversas ocasiones. De fondo, esta filosofía vitalista le apuesta al humanismo del ser humano pero no *desnaturalizado* sino a un ser humano ligado de alguna manera a su ambiente natural. Por ello resulta clave develar la categoría de naturaleza que Botero Uribe propone en sus textos, y junto a ella, también la de transnaturaleza. Sin embargo, se verá que la transnaturaleza en este filósofo colombiano resulta bastante natural, y por ello también deviene la pregunta por la trascendencia. No se tendrá otro objetivo en esta presentación más que la de identificar y comprender como estos conceptos son pensados por el filósofo que nos ha convocado a este evento.

La primera alusión a *naturaleza* que aparece en el *Vitalismo cósmico*, después de presentar el vitalambientalismo de Spinoza, es cuando Botero Uribe explica el concepto de vida, a propósito de las tres energías básicas del Cosmos: una material, una vital: naturaleza, y una espiritual, transnaturaleza. La primera noción de naturaleza<sup>1</sup> se constituye con la fusión de materia y vida: «la vida es la fuerza organizativa de la naturaleza. La vida actúa en y desde la materia, le da forma, la organiza y le infunde animación» (2007, 65). La naturaleza es, entonces, materia animada por la vida. Pero acá hay un detalle de no poca importancia, a saber, vida y

---

\* Licenciado en Filosofía y Letras, Magister en Filosofía Latinoamericana, y Doctorando en Filosofía de la Universidad Santo Tomás; Director del Grupo de Investigación Tlamatinime sobre Ontología Latinoamericana, y del Semillero Metafísica y Ontología - SEMEyON; Líder de Chaski: Red Internacional de Investigadores en Ontología. Este texto es la ponencia presentada en el Encuentro sobre Darío Botero Uribe que se realizó en la Universidad Nacional de Colombia en 2013.

<sup>1</sup> En el *Manifiesto del pensamiento latinoamericano* hay una definición bastante clara de naturaleza: «la naturaleza es la madre generadora de la vida, el hogar del hombre y el circuito en el cual ejerce sus simbolizaciones y la comunicación con todas las formas vivas como manifestación de una espiritualidad mundana» (2007, 76).

materia no se yuxtaponen, aunque pueda darse la materia sin vida, no tiene sentido pensar la vida sin materia, la vida presupone la materia, resulta siendo su substrato. En la naturaleza resulta tan necesaria la una como la otra, no se puede menospreciar alguna de las dos. Este principio ecológico ganado ya desde la primera noción de naturaleza no debe echarse en menos; al menos para el pensamiento latinoamericano nos es identitario desde las diversas concepciones indígenas que nos enriquecen culturalmente. Pero con esto tampoco se deduce una concepción meramente material de la vida: «la vida y el espíritu, en tanto inateriales son perceptibles sólo por sus manifestaciones» (*Ib.*, 66). Por de pronto, entonces, la vida no es espiritual, pero sí es inmaterial; y vida y materia constituyen la naturaleza.

También es a propósito del concepto de vida que aparece el de transnaturaleza<sup>2</sup>. Según Botero Uribe, el concepto de vida debe buscarse en tres ámbitos: primero, la vida en el cosmos de donde emerge como *capacidad vivificante*; segundo, la vida en la biótica, en donde es un principio activo regulador de metabolismo; tercero, la transnaturaleza:

La transnaturaleza es un más allá de la naturaleza; se construye en la medida en que el hombre se coloca frente a la naturaleza, la asume críticamente, la torna objeto de su acción teleológica; quiere con su mente y su cuerpo transformar la naturaleza [...] (*Ib.*, 78).

La transnaturaleza es algo así como una actitud que se hace acción: la actitud natural del ser humano en su relación con la naturaleza con la que busca valerse de ella para mejorar su estar en el mundo; «la transnaturaleza es el desarrollo de la vida psicosocial construida sobre y entorno a la naturaleza, cuando el lenguaje, el pensamiento y la cultura rebasaron la simple inmersión del Homo en la Naturaleza como actividad vital» (*Ib.*, 79). Desde que el ser humano configuró su propio proyecto gracias a las posibilidades que le ofreció el lenguaje «el hombre perteneció a dos

---

<sup>2</sup> En su ensayo *Si la naturaleza es sabia, el hombre no lo es*, publicado en 2005, expresa que fue el paso de la naturaleza como categoría universal al animal humano como particularidad, como *homo sapiens*, lo que lo llevó a crear la categoría de transnaturaleza (véase particularmente la p. 55).

mundos: a la naturaleza de la cual venía y al mundo que él mismo había creado, es decir, a la transnaturaleza» (Pachón, 2006, 44). Por un lado, entonces, la naturaleza da paso a la transnaturaleza, es desde aquella que se da ésta, no como yuxtaposición ni antítesis, sino como un proceso que naturalmente se va constituyendo el uno en el otro; por otro lado, la transnaturaleza no se queda simplemente natural, sino que trasciende este ámbito, y va más allá, constituyendo el ámbito del pensamiento y la cultura.

El capítulo tercero de *Vitalismo cósmico* está dedicado a siete formas de entender la naturaleza: armonía preestablecida, de Leibniz; concepción mecanicista, de Descartes; evolución de especies, de Darwin; tierra - ser viviente, de Lovelock; orden que emerge del caos, de Prigogine; naturaleza encantada y vital, de los indígenas; más su propia concepción, en la que sí nos vamos a detener. Como la naturaleza es universalidad que se realiza en un ente finito puede comprenderse como una de nuestras dimensiones: «la naturaleza es en nosotros» (Botero, 2007, 118), pero se diferencia de la transnaturaleza, que es también una dimensión nuestra, en que su universalidad está dada es por «el lenguaje, el pensamiento y la praxis de multitud de generaciones en la historia» (*Ib.*); lo que se ve es que, en el ser humano, no puede darse naturaleza sin transnaturaleza, y viceversa: aunque son dos ámbitos diferentes, en el ser humano son interrelacionados, interdependientes; aunque originalmente la transnaturaleza debió darse como una ruptura con la naturaleza, si atendemos al proceso evolutivo que va desde el hecho de los primates vegetarianos a los homínidos omnívoros:

Devenida homínida, comenzó a desarrollar el lenguaje: el lenguaje articulado humano es el más complejo y rico descubrimiento posible; el que configura la humanidad del hombre. El lenguaje sacó al hombre de su singularidad, de su animalidad congénita y sin rebasar nunca la individualidad lo potenció a la universalidad. El lenguaje hizo posible el pensamiento, la ética, la praxis, la poiesis, el proyecto propio del hombre que vino a superponerse al programa de la naturaleza. El lenguaje marca la línea divisoria entre el animal natural y el animal humano; entre la naturaleza y la transnaturaleza (*Ib.*, 119).

En la naturaleza el ser humano es resultado, en la transnaturaleza él es agente. Se necesita ganar el debido equilibrio para que el ser humano sepa constituirse humanamente, porque *naturalmente* el ser humano se identifica con la naturaleza, no es algo diferente a ella, pero *transnaturalmente* se distingue de ella, es algo otro a la naturaleza, es creador, es hablante, es cultural... en este sentido, naturaleza y transnaturaleza no solamente se distinguen sino que se separan; pero en la realidad no se oponen pues como ya se dijo son interdependientes: «tienen líneas divisorias borrosas. Coexisten en una interacción intensa e integradora» (*Ib.*, 120). Para el vitalismo cósmico la ecología no se abre en una escisión entre el ser humano y un supuesto y bien argumentado ambiente externo a él; la propuesta de Botero Uribe más bien es la de una ecología intertextual que debe ganar el equilibrio de la dimensión natural con la dimensión transnatural del ser humano, y por lo mismo sería un producto de relación interhumana. El ser humano «tiene que conciliar su capacidad vital con su acción transformadora» (*Ib.*, 121), debe cruzar activamente los textos de la naturaleza y la transnaturaleza en que se constituye su propio ser, pues al fin y al cabo es la naturaleza la que posibilita la transnaturaleza y la transnaturaleza la que se cumple y realiza en y con la naturaleza.

De todas maneras, la lectura de Botero Uribe no es ingenua, pues claramente señala que este equilibrio no se gana de la noche a la mañana, es más, hoy día la razón capitalista y su método tecno-científico son los causantes del desequilibrio social y ecológico que estamos padeciendo, inclusive contradiciendo el proyecto de construcción de la humanidad del ser humano. «El daño del medio natural es el resultado de la miseria de la vida, no sólo económica, sino intelectual, artística, ética, cultural. Sólo la miseria de la vida conspira contra la persistencia de la vida» (*Ib.*, 122). Por esto mismo, él insiste en la necesidad de construcción de un paradigma que logre equilibrar las dimensiones cósmica, biológica y psicosocial de la vida en armonía con las herramientas «racionales» (*ratio, logos*, no-razón).

Un dato que aporta elementos de clarificación para comprender los conceptos que nos hemos propuesto (naturaleza, transnaturaleza y trascendencia) es el de que la conciencia no es una realidad trascendental o espiritual, en términos tradicionales<sup>3</sup>. Citando a Lynn Margulis y Dorion Sagan, Botero Uribe señala cómo la vida es, en su naturaleza, previsor, en cuanto que ella emerge como una fuerza *por vivir*, por mantenerse en cuanto tal y, así, tiene que *prever* cómo mantenerse, por lo que desde las bacterias hasta los seres vivos más complejos desarrollan una «conciencia» para enfrentar la supervivencia. La autopoyesis de la vida implica, entonces, que se muestre la vida como una energía autoconsciente previsor de algo así como posibilidades que le permiten darse como tal. «La vida no es, por tanto, un mero acaecer causal, sino una energía previsor y autorreguladora» (*Ib.*, 133), sin que por ello quiera entenderse éste como un vitalismo metafísico, según lo dice explícitamente Darío Botero Uribe, pues ya quedó claro que la vida es inmanente a la materia, a la naturaleza, que carece de sentido fuera de ella; y que, ¡menos!, no puede ser fruto de fuerzas de algún trasmundo (*Ib.*, 174). Tampoco tiene que ver la conciencia, como dimensión espiritual, en el proceso evolutivo del ser humano:

El homínido fue en un todo resultado de la evolución; el *homo habilis* fue en gran medida también resultado de la evolución, pero una evolución teledirigida –caso único en la naturaleza– por el propio humanoide. El paso del *homo habilis* al *homo sapiens* no fue resultado de la evolución o sólo lo fue en un sentido mínimo. Fue un proceso de autogeneración mental de conocimiento, simbólica, cultural, técnica y en alguna medida también cerebral (*Ib.*, 184).

Ahora, detengámonos en las tres funciones de la transnaturaleza, que Botero Uribe presenta explícitamente. La primera de ellas es la función productiva. Producción, acá, tiene una acepción bastante amplia, pues su objetivo primordial es solucionar necesidades, lo que exige el uso práctico del entendimiento y la razón; «implica un

---

<sup>3</sup> En *Filosofía vitalista* (2006), Botero Uribe va a expresar que tanto conciencia como inconsciente son meras formas de razonamiento: «La conciencia construye interpretaciones y conceptos conscientemente como los elementos de que dispone. El inconsciente produce pulsiones, deseos, símbolos, fantasías e ideas ante determinados estímulos o en algunas circunstancias especiales» (p. 25).

desarrollo intelectual, una forma de previsión, un cálculo de la inversión, la determinación de la duración del cultivo u obra y del resultado» (*Ib.*, 186). Se producen saberes, necesarios para mejorar las condiciones de vida, pero nuestra historia ha develado que luego se producen cosas innecesarias, necesidades ficticias, hasta el límite de también argumentar esas necesidades como tales, y querer manipular la satisfacción de tales necesidades inventadas.

La segunda función que expone Botero Uribe es la creativa. Ésta se define como la capacidad de innovación, de concebir posibles racionales y no-racionales, de idear posibilidades inéditas, de diseñar instituciones, de intuir otras posibilidades y caminos. La creación ejercita la imaginación, la reflexión, el talento, la razón y la no-razón; está ligada al talento y la imaginación, y va de la mano de la producción.

La tercera, la función deseante, tiene que ver con la realización de la persona en la vida social: es una fuerza de creación intelectual y artística, ligada al poder, a la posesión de bienes y a la sexualidad (sin reducirse solamente a esto último). Mientras que la producción es esencialmente racional, según Botero Uribe, la función deseante integra razón y no-razón: «El deseo nos acompaña en todas las travesías de la vida, nos potencia, nos hace creadores o destructores, nos ayuda a emancipar o nos conturba» (*Ib.*, 188).

Luego, en el capítulo sexto del *Vitalismo cósmico*, cuando Botero Uribe trata del existencialismo, trata explícitamente en pocas líneas su concepto de trascendencia. Lo primero que nos recuerda es su noción etimológica: nos dice que significa rebasar subiendo, despedir olor las cosas, o sea como fragancia u oloroso; y nos cita el término alemán *riechen* (oler, del alto alemán: *rouhhan*). Término que, al parecer, tiene una base germánica: *renkan*, que significa ni más ni menos que *heder*.

¿Cómo puedo aquí  
evitar o dejar de traer

aquella hermosa escena  
con que Kusch introduce  
su *América profunda*?

Subiendo al Cuzco  
-dice Rodolfo Kusch-  
no solamente  
el tiempo se ha detenido  
sino que ha regresado  
siglos...

Subiendo al Cuzco  
por aquella calle rodeada de chicherías  
-calle maloliente-  
se escucha el lamento  
de algún indígena,  
o el grito chillido de algún niño,  
mientras la mirada  
de indios a la orilla del camino  
y de mestizos sucios  
nos conturba, nos asusta,  
nos silencia.

El paisaje natural  
se pierde por momentos,  
¡no hay paisaje!,  
solamente  
chillidos o risas lejanas,  
miradas tempranas,  
mugre y hedor  
que nos acosan no se sabe cómo  
ni por qué.

Y aunque entremos en la iglesia de Santa Ana, como quien se refugia en ella, siempre nos queda la sensación de que afuera ha quedado lo otro, casi siempre tomando la forma de algún mendigo que nos vino persiguiendo por la calle. Ahí está parado y nos contempla desde abajo, con esa quietud de páramo y una sonrisa lejana con su miseria largamente llevada (Kusch, 2000, 10).

Todo hiede:

*las fábricas sacan sus residuos fuera y ellos van a dar al río  
(sin tratamiento alguno),*

*la sociedad educada y culta arrincona a los sucios  
(al ñero y al gamín que andan en la calle),*

*la ciencia con su epistemología académica rechaza la opinión y el comentario  
(y el mito y el poema):*

*¡lo científico no se deja seducir de las emociones!,*

*porque todo esto no son afirmaciones lógicas...* (Cepeda H., 2010, 66).

¡Je! Trasciende el hedor.

Volvamos al texto de Botero Uribe: «De esa modesta base etimológica, lo que huele o hiede, en sentido espacial y temporal se plantearía un más allá. ¿Cuál es el alcance de ese más allá en filosofía?» (Botero, 2007, 198). En sentido filosófico, nos dice, trascendencia quiere decir que sale de la inmanencia del sujeto y va más allá, se proyecta, en sentido heideggereano. Entonces, trascender es proyectarse en sus posibilidades. Nada más. La trascendencia es inmanentemente humana. Sin embargo, también hay otro sentido; de él, Botero Uribe solamente dice esto: «La trascendencia en un sentido teológico se aplica a la divinidad» (*ib.*). Nada más. Eso es todo. Valga repetir: para Botero Uribe hay dos sentidos de trascendencia: uno teológico que tiene que ver con la divinidad, y otro filosófico que tiene que ver con la proyección del ser humano en sus posibilidades. Ambos sentidos, sin embargo, son retrotraídos etimológicamente del término alemán *renkan* que significa hedor.

Es indudable que no hay interés alguno teológico en la apuesta del vitalismo cósmico, así que el concepto de trascendencia se queda a nivel humano, o filosófico, como expresamente Botero Uribe lo apuntó. ¿En qué trasciende, entonces, el ser humano?, ¿cuál es el proyecto que le abre posibilidades al ser humano y que en él radica su sentido de trascendencia? Para Darío Botero la respuesta deviene claramente y sin dificultad alguna: en la transnaturaleza (cf. *Ib.*, 251). De donde se infiere que, por esta razón, la trascendencia no es natural, sino transnatural. Pero la transnaturaleza es bastante natural, en el sentido de que es algo propio del ser humano, en cuanto ser de lenguaje, y con ello productor, creador y deseador de arte, cultura y ciencia... y de ahí que la trascendencia también sea natural. Así como el ser humano es natural y transnatural (cf. *Ib.*, 260), la trascendencia es igualmente natural y transnatural<sup>4</sup>, al fin y al cabo «el esfuerzo unilateral en el ámbito de la transnaturaleza de un individuo o de un grupo, daña la vida natural; la carga unilateral en la dirección de la naturaleza perjudica la vida social» (*Ib.*, 281).

Es importante ganar el equilibrio natural-transnatural. El ser humano «no puede sobrevivir y desarrollar la civilización sin un intercambio intenso con la naturaleza, pero ese intercambio no puede destruir masivamente los ecosistemas sin destruir progresivamente la biosfera y en esa medida destruir la vida en nuestro planeta» (*Ib.*, 351). La explotación intensiva de los recursos naturales hasta la exfoliación anti-natural de nuestro planeta llama poderosamente la atención de Darío Botero Uribe, y señala cómo estamos convocados a no olvidar que la transnaturaleza depende de la naturaleza o de lo contrario vamos hacia una catástrofe: la ética del vitalismo cósmico es una ética de la convivencia interpersonal e intranatural con nuestro ambiente, del cual formo parte y al cual me debo; «el envenenamiento del aire, del agua y la desertización de la tierra cultivable no ponen en peligro la vida, no dan señales como suele decirse, sino que literalmente están matando la vida» (*Ib.*, 359).

---

<sup>4</sup> Podría aducirse, en estos términos, que la trascendencia se realiza tanto corporalmente, como cultural y socialmente, en sus funciones de producción y creación (cf. *Vitalismo cósmico*, pp. 261-265).

Es necesario, ya, que el ser humano gane el equilibrio entre su dimensión natural y su dimensión transnatural, no solamente a nivel personal, sino social y político:

El sistema de vida general es uno solo y su cuidado compete a todos los estados y a todos los hombres. He ahí una razón para hacer efectiva la solidaridad política entre todos los estados, no en esa forma superficial y caótica que llaman la globalización, la cual pretende arrodillar a la cultura en nombre de la economía, sino como una solidaridad concreta científica, económica y social, para ayudar a perfilar la fluidez de la vida en todas partes del globo (*Ib.*, 362-363).

El cuidado de la naturaleza debe ser un compromiso personal y social, ético y político, natural y transnatural. El ser humano como ser deseante tendrá que atender más seriamente a su deseo de vivir y a pensar dónde vivir. Desear meramente confort aun a costa del ambiente natural puede que nos toque pagarlo y muy caro; «si no puede cambiarse el deseo en su infraestructura social, la guerra, la violencia, la discriminación, la injusticia son inevitables» (*Ib.*, 381).

Cuatro años después de publicado el *Vitalismo cósmico*, en 2004 Botero Uribe publica su *Discurso sobre el humanismo*. En esta obra corrobora sus ideas respecto de las dimensiones natural y transnatural del ser humano, tanto en su dimensión de continuidad, en cuanto una depende de la otra necesariamente, y en cuanto a su ruptura: «una ruptura, la más profunda que se haya hecho a Gaia: un animal brotado de su seno salió de su soberanía y sin dejar de ser naturaleza, diseñó un proyecto propio y proclamó una soberanía alternativa y complementaria de la naturaleza» (2004, 211). La búsqueda del equilibrio, tan centrada en la ética en su obra anterior, se mantiene acá con un matiz pedagógico: es la educación la que está encargada de formar a los individuos en el debido uso de su razón y su no-razón, y particularmente nombra un ejercicio particular: la autoeducación, «proceso reflexivo, autocrítico con el cual el individuo tamiza el conocimiento y las influencias recibidas y pone sobre todo su impronta personal» (*Ib.*, 212).

Queda mejor apuntada la tensión entre naturaleza y transnaturaleza en su ensayo *Si la naturaleza es sabia*, de 2005; porque es verdad que fue la naturaleza la que posibilitó la transnaturaleza, pero «ésta ha producido un desequilibrio al programar la destrucción sistemática de la vida» (Botero, 2005, 73), el ser humano, en su dimensión transnatural, no ha ganado ese equilibrio tan necesario para convivir con los otros en su medio ambiente y las consecuencias están siendo bastante perturbadoras, se evidencia cómo hace falta autorregular estos órdenes naturales para que se articule apropiadamente la vida. «El desequilibrio ambiental se da con la potenciación (a través de la ciencia, la técnica y sus efectos sobre la producción) de su dimensión transnatural de tal forma que ésta empieza a destruir la otra dimensión: la natural» (Pachón, 2006, 44). Sugiere Botero Uribe aprender de los indígenas, para quienes el espíritu está diseminado por toda la naturaleza, en los ríos y en las plantas, en hombres y mujeres; han construido el concepto de Pacha mama manteniendo en él una cultura tradicional de convivencia, de desarrollo pacífico y en armonía con el ambiente, que no deshumaniza al ser humano. Sin embargo, hoy día, los avances de la tecnología y el deseo de confort propios de una cultura que avasalla mente y espacio depredadoramente, ha escindido incluso al mismo ser humano, se han opuesto naturaleza y transnaturaleza:

La razón se ha opuesto contra la no-razón. El daño del hombre roto no es allá afuera en el campo como cree la ecología, es en la vieja alma del hombre, es decir, en la mente escindida; el hombre ha puesto la mente nueva contra la mente vieja, la razón contra la no-razón, la consciencia contra el inconsciente, la naturaleza contra la transnaturaleza (Botero, 2005, 108).

Como se ve, acá también se está tratando un asunto de trascendencia, siguiendo los mismos términos de Botero Uribe, aunque él mismo no lo haga explícito. ¿Qué pasa con la trascendencia del hombre?, ¿no se ha tomado ésta como una tarea esencial, que no puede eludir?, ¿por qué esa escisión que lo destruye y destruye la vida? Efectivamente, el ser humano está roto, está perdiendo su sentido existencial, y se está quedando sin trascender...

En esta situación, la transnaturaleza debe aprender de la naturaleza, que resulta maestra. «Los seres vivos tenemos que tener el libro de la naturaleza como modelo de desarrollo científico social. El mundo occidental ha dejado rezagada la cosmovitalidad, ha olvidado la compenetración con su ser natural» (Botero, 2006, 21), y debe volver a ella, aprender de ella. Naturaleza y transnaturaleza se complementan y exigen unas prácticas coordinadas para que se dé el equilibrio biológico y social en el cual podamos vivir comunitariamente los seres humanos. Y la tarea de alcanzar en la práctica este equilibrio, según Boetro Uribe, le corresponde a la filosofía: ésta «tiene que servir para tender un puente entre la consciencia y el inconsciente» (*Ib.*, 79), «la filosofía es la única disciplina que permite una autocrítica que nos posibilita comprender nuestro papel social y adecuarlo a nuestra ambición intelectual o artística» (*Ib.*, 80)... así que tenemos una ineludible tarea, y urgente.

## Referencias bibliográficas

- Botero, D. (2004). *Discurso sobre el humanismo*. Bogotá, Ecoe.
- Botero, D. (2005). *Si la naturaleza es sabia, el hombre no lo es*. Bogotá, Produmedios.
- Botero, D. (2006). *Filosofía vitalista*. Bogotá, Produmedios.
- Botero, D. (2007). *Manifiesto del pensamiento latinoamericano*. Bogotá, Magisterio.
- Botero, D. (2007). *Vitalismo cósmico*. Bogotá, Corteza de roble.
- Cepeda H., J. (2010). *Tras del sentido del ser. Aproximaciones a una ontología en perspectiva latinoamericana*. Saarbrücken [Alemania], Editorial Académica Española.
- Kusch, R. (2000). *América profunda*, en: *Obras completas. Tomo II*. Rosario, Ross.
- Pachón, D. (2006). *Filosofía vitalista y economía solidaria*. Bogotá, Produmedios.